



# UNA FOTO DE AYER ESTEBAN LOS SANTOS

A los que andamos metidos en esta cosa de OARSO siempre nos ha gustado el ofrecer en sus páginas fotografías de otros tiempos. Y no precisamente porque seamos unos nostálgicos que estamos siempre dándole vueltas a aquello de «como a nuestro parecer cualquier tiempo pasado fue mejor». No. El motivo no es tan manriqueño como puede parecer. Sencillamente ocurre que sabemos que son recibidas con mucho agrado por quienes por su edad conocieron épocas más o menos lejanas y que son acogidas con gran curiosidad por muchos que por aquellas fechas todavía no habían nacido o que echaron más tarde el ancla en Rentería. Para los primeros suele ser ocasión de desempolvar algunas páginas de su existencia —en las que no se puede evitar algún renglón agrídulce— y para los segundos, oportunidad de mirar por el ojo de la cerradura de la pequeña historia del pueblo, la de los días normales y corrientes.

La fotografía que hoy ofrecemos se materializó en la cámara de nuestro recordado Figurski un 24 de julio, a las seis y diez de la tarde, en la Plaza de los Fueros y en el transcurso de un «Concurso de bailables del País». Lo que no podemos precisar a pesar de la detectivesca persecución —con lupa incluida— de la fecha exacta, es si pertenece al año 1922 o al 1923. Quizás algún lector puede precisarlo.

El centro de la imagen lo constituye sin duda la pareja participante en el concurso. Sin embargo, está bien claro que en el momento en que la imagen cruzaba la lente de la cámara, la atención de la mayoría de los asistentes a la fiesta la monopolizaba algo que se encontraba o acontecía fuera del espacio fotográfico. Y es que está clarísimo —y lo decimos sin intención política alguna— que casi todos los que se encuentran frente a la cámara miran para su izquierda. ¿De qué se trataba? Pues no lo

sabemos. Ni la fotografía lo recoge ni un servidor se encontraba allí.

Lo que sí podemos ver con suficiente nitidez es el rótulo que aparece en la primera casa de la derecha y que se ha colocado en la fotografía para cantar en la octava baja. No todo en la vida es alegría. Nuestro poeta ya dijo aquello de:

*jegi zofotza!  
bizitzari musuka  
jai! eriotza...*

Por lo demás, pues muchas cosas comentables. La fisonomía del viejo mercado, el veraniego uniforme de los «municipales», muchas txapelas —¿hay algún varón a cabeza descubierta?— y algún sombrero de jipi-japa, la presencia de la orgullosa lámpara encargada de ayudar a la luna a iluminar la plaza cuando el sol dimita; al fondo, las campanas de la torre movidas por músculo humano cuando la ocasión lo requiere, ya que la electricidad todavía tardará algunos años en escalar nuestra «flecha de fe» para prestar su energía...

En resumen, una fotografía que a nuestro parecer merece la pena contemplarla con detenimiento y en la que un amigo nuestro, desde luego bastante aficionado a filosofar, ha creído ver «la síntesis gráfica de la pirueta existencial humana», ni más ni menos. El dice que en la foto se encuentran representados la materia y el espíritu —el mercado y la iglesia—, la vitalidad en su dimensión estética —el baile— y el rótulo premonitorio...

Quizás la cosa no es para ponerse así. De todos modos, nos ha parecido que merecía la pena —ustedes dirán— el traer esta fotografía a este número de OARSO que tiene que estirar su mano hasta 1976 para enlazar con su hermano más joven. Esperemos que el próximo no tenga que realizar este esfuerzo.